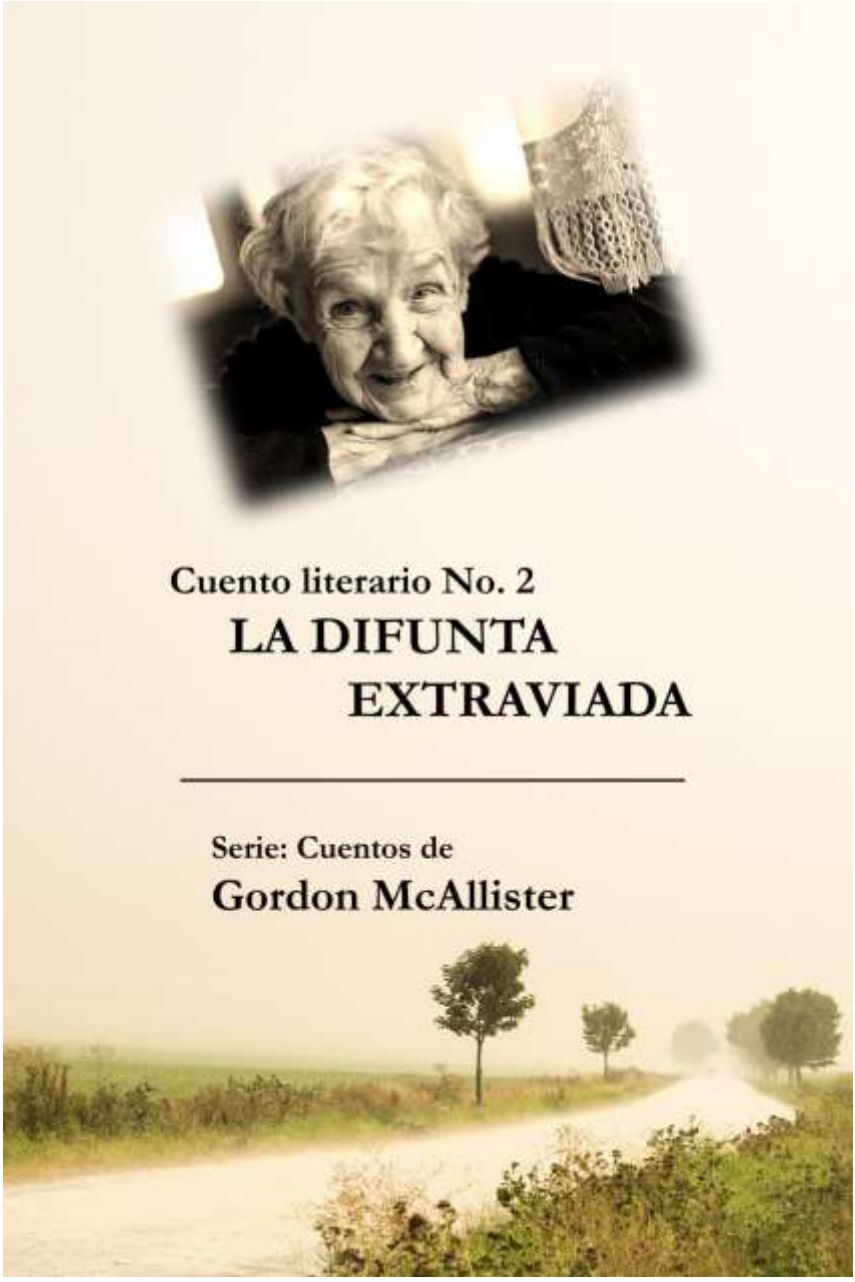


Cuento literario No. 2

LA DIFUNTA EXTRAVIADA

Serie: Cuentos de

Gordon McAllister

Cuento No. 2

La Difunta Extraviada

Serie: Cuentos de

Gordon McAllister

Título: LA DIFUNTA EXTRAVIADA

Autor: Gordon McAllisrter

Derechos: Todos los derechos pertenecen a Carlos Alberto Gómez Acuña Calgom532002@yahoo.com

Editorial: Calgóm Ediciones

Edición actual; 2024 – Calgóm Ediciones

Publicación: Amazón.com y relacionadas.

Fotos: Licencias de iStock de Carlos Alberto Gómez Acuña

1. Crédito DimaBerkut – Id. 1172266404 - retrato anciana
2. Crédito EGT – Id. 1423640243 -Autos carretera Col.
3. Crédito DimaBerkut – Id. 1043021760 – Retrato anciana
4. Crédito Yurii_Zym – Id. 1145645763 – Los ligados rojos
5. Crédito Valiantsin – Id. 1339806303 – Medias negras
6. Crédito Michael Múller – Id. 1185317846 – Rotonda
7. Crédito Cynoclub – Id. 513228341– Cachorro caña corso
8. Crédito Andresr – Id. 1319254533 – Granjero latino
9. Crédito Madsci – Id. 947041910 – Abandonada casa
10. Crédito Ivanastar – Id. 599748462 – Depresión adulto

Copyright: Todos los derechos están reservados: Prohibida su reproducción total o parcial. No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra, mediante ningún sistema o método electrónico o mecánico (incluyendo el fotocopiado, la grabación o cualquier sistema de recuperación y almacenamiento de información), sin consentimiento por escrito de los titulares del Copyright.

Cuento literario: (Tragicómico)
LA DIFUNTA EXTRAVIADA.

No lograban encontrarla. Aquel parecía el juego tétrico de un destino misterioso.

Una anciana perdida en una ciudad casi desconocida, pero, para más señas, era un alma en pena, una difunta extraviada en los caminos escabrosos de una fatalidad medio oculta por las sombras esotéricas del "Más allá".

Todo había comenzado hacía unos veinte días en la ciudad de Medellín Colombia, donde sus hijos, Mario José, Jorge Alejandro y María Jimena, todos ellos de apellido Rosero, habían programado un viaje de vacaciones a la ciudad de Manta, en la costa pacífica del vecino Ecuador.

Jamás imaginaron el juego que el destino les tenía preparado, cual si fuera un saltimbanqui lleno de recónditas argucias para enredar la realidad, con pesadas bromas que parecían tener las más odiosas intenciones de fastidiar a los demás.



Poco después iban en una caravana de tres vehículos, acompañados de sus cónyuges y toda una progenie de

mocosos, compuesta de siete pelafustanes, con edades entre los cuatro y doce años; además un pastor alemán sin linaje, más parecido a un criollo mal nacido, con un nombre rimbombante, puesto con intención de elevar su imagen, al que llamaban "*Bihor de Transilvania*", y otro mastín que, aunque así le llamaran, de mastín no tenía nada y más bien parecía un pedazo de cualquier cosa, como si hubiera sido importado de la propia *Chernobyl*, y con la radiación hubiera quedado solo una imagen patética y deplorable, siendo de tan perdida procedencia, que lo dejaron sin nombre, pues siendo tan básico de aspecto, decidieron no ponerle nombre y para llamarlo solamente le silbaban altisonantemente, o le gritaban: "Hey vos", y el perro acostumbrado, quizás pensó que ese era su propio nombre.

Además, llevaron al paseo a la abuelita casi centenaria, una hermosa porcelana que parecía de verdad una blanca cerámica brillante, tan callada, tan delicada y frágil, que parecía que ya estuviera muerta por la falta de color en sus mejillas y tan ausente de presencia, pues no se sentía para nada.



Recorrieron los caminos asfaltados desde su tierra natal hacia el sur, hasta llegar a la frontera en *Rumichaca*, pero antes, una parada técnica en la ciudad de Cali, para "*cambiarle el agua al canario*", como decían ellos, y pararse un rato para estirar las piernas, en un sitio cercano al *Club Campestre*, pero no fue en ese sitio distinguido que pararon, sino cerca de ahí, en una tiendita de un barrio marginal, para ahorrarse lo del almuerzo y solo comprarle bebidas gaseosas y *Chocoramo* a los muchachos. Para los grandes llevaban una olla de arroz mazacotudo con pollo, bastante escaso de pollo y más completo de arroz y de verduras, acompañado de limonada que traían en un termo, ya caliente, con lo cual intentaban mitigar el hambre y distraer la jornada.

La siguiente parada fue en la ciudad de Ipiales, todavía en territorio colombiano, en una tienda, esta vez al lado de un burdel que detentaba un gran letrero que rezaba:

"*Bellas chicas, licores económicos, alojamiento barato, baño decente, incluido un masaje completo, ambiente familiar. Costo por noche, $ 25.000, si paga la muchacha, el alojamiento será solo $ 5.000".*





En aquella tienda cambiaron el menú y ahora distrajeron a la "*solitaria*" con una compañía de trozos de pan duro, salchichón venido a menos, hecho de sangre coagulada, pulpa de cartón y quizás algo de olor a carne de cerdo, pero con bastante condimento de salchichón cervecero ahumado con humo artificial y un fuerte sabor de comino para distraer las papilas gustativas, y además gaseosas de limón, Kola y tamarindo.

Pasado el momento del descanso, atravesaron la frontera y entraron a Ecuador, tomaron rumbo suroeste, bajando lentamente desde la codillera andina y dirigiendo sus pasos hacia la costa del pacífico, donde los recibió con brazos abiertos la ciudad de Guayaquil.

Oh, Guayaquil… Sol, calor y buen ambiente de tierra promisoria, cálida y amistosa.



Ahí pernoctaron la primera noche en un hotelito que les ofreció una suite, no muy elegante, compuesta por un cuarto amplio de un solo ambiente, con varias camas y

camarotes para los mayores y algunas colchonetas para acomodar en el piso a los más chicos.

Ahí degustaron algunas cosas que habían comprado en el camino, los restos del arroz con pollo, dejando algo de arroz y perdidas, una que otra arveja y zanahoria, los empaques empapados de olor a comino y salchichón, los cunchos de gaseosas, trozos de pan, ripio de galletas, cáscaras de mandarina y de bananos, etc. y dejaron esos restos en el piso a un lado de la entrada.

A medianoche, ya bien entrada la madrugada, de improviso un fuerte golpe, una explosión de ruido, y las puertas de la habitación abiertas de par en par. Dos perros gigantescos parados en la sombra con intenciones de atacar lo que quedaba de los restos de alimentos en el piso. Gritos, voces, rabia, palabras de grueso calibre y zapatos lanzados contra los malditos perros. Luego insomnio y ojos abiertos el resto de la noche en medio de la oscuridad del recinto, con sudadas memorias de vivencias agradables unas y de vicisitudes otras.



Al día siguiente siguieron para Manta, su destino final.

Ahí conocían a Bertoldo Ramiriquí, un boyacense regordete, acoplado desde hacía algunos años a los calores del trópico, aunque no había perdido las chapetas coloradas en los cachetes abultados, ni su gusto por el olor a ruana, una ruana eterna sin experiencia en aromas de jabón, y oliendo a trapo mojado por las lluvias de las tardes bucólicas de su natal parcela de altiplano, ya olvidada.



Le llegaron en patota al tal Bertoldo y este les serviría de guía de turismo en aquel paraje de playa con fragancias flotando en el ambiente, de fritos de pescados recién arrebatados al mar, ceviches de múltiples mariscos y limón, patacones de plátanos hartones, aromas de atunes enlatados en legendarias fábricas y olor a mar y salitre en medio de un cálido ambiente pueblerino, de calles polvorientas.

Bertoldo los llevó a un hotel… ¡Pero qué hotel!

Parecía una casa vieja de dos plantas y paredes de colores desterrados por el tiempo, ya muy descascaradas y una veintena de cuartos con olor a humedad y calentura.



Dijo Bertoldo que era de lo mejor de aquel lugar, y además tan barato que, si llegaban a presionar un poco, a lo mejor les dejaban el alojamiento gratuito con tal de que pagaran el almuerzo de todos diariamente en el lugar, y les encimaban el pan del desayuno y un periódico llegado de la capital, aunque fuera del día anterior, pero gratuito.

Pero llegó la diversión. De ahí en adelante todo fue playa y alegría para la familia. Trajes de baño, soles refulgentes, pelota de dibujos, flotadores comprados en la esquina, piña en trozos, papaya picada, pescados de todas clases, róbalos, pargos, dorados y tollo; sí tollo, como llamaban al tiburón para esconder su maligna procedencia, y sobre todo arroz con coco, en platos ofrecidos al almuerzo por las vetustas ventas de la playa. En resumen, tuvieron que pagar el alojamiento y las cenas de la noche y

el magro desayuno en las mañanas, aunque les respetaron el pan del desayuno gratis, al igual que el diario del día anterior.

La abuelita era sentada diariamente en una sillita diseñada a su tamaño, en medio de la arena de la playa, para que, según decían, también se sintiera en paseo.

A manera de sombrilla una carpa destemplada que ocultaba su rostro, su semblante, sus ganas de orinar y su deseo urgente de ser pasada a mejor sombra. Y así, con los acostumbrados soles de la playa, se fue secando la viejita, hasta quedar como un trozo de mamona a la parrilla, ausente de humedades y sin musitar palabra alguna.



A los ocho días no la pudieron parar… la viejita estaba seca y rígida como pollo trasnochado en horno circular. Caliente, pero sin rastros de vida. Ni siquiera supieron a qué horas había partido a mejor vida, todos tan divertidos, distraídos y ocupados en gastarse bien el tiempo y aprovechar la plata de las vacaciones.

Pero ¿Qué hacer ahora?

En un país extraño, una playa en un lugar perdido, lejos de todo y lo peor, ya no tenían recursos económicos más que para el viaje de regreso, y el valor de los peajes.

—¿Cuánto costará un viaje de retorno de un cadáver? —Le preguntaron a Bertoldo—, ¿Una repatriación de los restos de un difunto? ¿Por avión?

—Imposible de pagar—, concluyeron.

La mejor idea vino del propio Bertoldo, con su mente signada por la malicia indígena.

—Pues yo me consigo el formol; le inyectamos el formol en cantidades grandes, la empacamos bien amarrada dentro de una caja de nevera que yo me puedo conseguir y la montamos al techo de uno de los carros y se la llevan de regreso, sin decirle nada a nadie ni ponerse a pedir permisos, y al llegar a Medellín, le hacen el entierro con ceremonia y todo.

Sí, estoy de acuerdo con Bertoldo, —dijo el hermano mayor—, y así fue.

Esa misma noche, a la madrugada, partió la caravana con toda la familia, incluida la abuelita en su caja de cartón, bien amarrada al techo de uno de los carros.

Era un viaje de 31 horas para recorrer aproximadamente 1.596 kilómetros, hasta Medellín y la primera parada obligatoria fue en *Santo Domingo de los Colorados*, todavía en Ecuador, a las tres horas de camino.



Uno de los carros, justo el del paquete clandestino en el techo, estaba recalentado y se dieron cuenta que la correa del ventilador se había reventado. Era necesario cambiarla y en aquel sitio debían encontrar un taller y una ferretería donde vendieran el repuesto. Tenían que esperar hasta las nueve de la mañana a que abrieran el taller para hacer la reparación. Nadie sospechó nada, nadie preguntó nada y el mecánico comenzó a trabajarle al carro ahí en el andén, frente a la puerta del taller.

Decidieron que mientras reparaban el carro irían a desayunar a una fonda cercana. Tuvieron que halar a la fuerza a los dos perros que dedicaron lánguidos ladridos a la caja del techo, como si estuvieran al tanto de un duro desenlace que vendría a continuación.

A las dos horas regresaron y, oh sorpresa…

La caja de cartón había desaparecido, y ni siquiera dejaron la cabuya.

El mecánico no supo dar razón, dijo que cuando acabó el trabajo se entró para tomar su desayuno y no había reparado en la caja encima del techo.

Lo amenazaron, lo apercollaron, lo insultaron y el pobre no supo dar razón.

Partieron en los carros y recorrieron todas las calles del pueblo, pero nada… La caja de la abuelita había desaparecido. No pudieron poner una denuncia so pena de ser incriminados. No hubo testigos, no hubo criminales, no hubo una investigación exhaustiva, ellos tenían que proseguir el camino, y hacia las doce del día partieron continuando su viaje de regreso, en medio de los quejumbrosos ladridos de los perros.

No hubo llantos, ni penitencias, ni remordimientos, habían hecho lo mejor que habían podido hacer y todos estuvieron de acuerdo.

Pasado un tiempo alguna viejita rezandera del barrio Buenos Aires, le pregunto al niño más pequeño:

—Dime la verdad, ¿qué pasó con la abuelita que no volvió?

—La abuelita se nos perdió en el camino —dijo el pequeño—, y no volvimos a saber nada de ella. Yo creo que fue el niño Dios que se la llevó para el cielo.

— Fin —